

LA ARBOLEDA Y EL POETA.

Seudónimo: Jinetes en la tormenta.

Poesía.

A Francisco Andrés Escobar.

*“¡Onzas de sangre,
metros de sangre, líquidos de sangre,
sangre a caballo, a pie, mural, sin diámetro,
sangre de cuatro en cuatro, sangre de agua
y sangre muerta de la sangre viva!”*
César Vallejo. España aparta de mí este cáliz.

I

Maestro,

¿de qué color es la noche
que vino a poblar nuestros sentidos,
la dura noche que erizó cada segundo,
vieja celestina de colmillos afilados?
¿Qué crayolas la tatuaron en la piel,
y la voz se hizo azul de tanta rabia?
¿Qué aguas la trajeron sin parar,
qué espinas ahorcaron las rosas,
qué viejos rencores le dieron luz,
luz opaca, fría, con garras?
No contestes, Maestro,
esperemos que el silencio hable,
que la arboleda sea parlante,
altavoz que repita con eco la madrugada.

Maestro,

¿qué color falta al arco iris
para que aülle también la noche?

II

El rocío no es el rocío,

y la bugambilia pegada a su sombra
tiene palabras ocultas,
viejas palabras de viejas voces.
¡Ay, corazón en vigilia!

El rocío no es el rocío,
y el rosal habla incoherencias,
largas oraciones para recibir el día,
día que espantó a las abejas para siempre.

El rocío no es el rocío,
y la grama tose elegías,
suspiros de corazones sorprendidos.

El rocío no es el rocío,
y a la luz la barren pasos extraños,
sordas pisadas bañadas en odios.
¡Ay, corazón que transpira!

III

En el libro de la noche
falta la palabra melancolía.
Página tras página,
lupa para ir hondo,
lucidez para entender el impacto.

En el libro del día
falta la palabra esperanza.
Hundido en las páginas,
con la política al cuello,
con los días apretando el pecho...
la palabra esperanza nunca tuvo raíz.

En el libro del futuro
falta la palabra alegría.
Y tocamos el desvelo al filósofo,
bajamos del árbol al poeta,
despertamos al amigo ciego,
preguntamos con delirio al Universo,
preguntamos si la palabra alegría
hay que conseguirla con cantos.

IV

En el libro de la memoria
los días van corriente abajo,
las miradas coloreadas de otro tono,
otra resonancia el respirar de los sujetos,
sujetos con pasamontañas para ocultar los nervios,
disfrazados para enfrentar un batallón,
y no encontrar más que un repicar de campanas.

La memoria suena sus timbales
y los años nos piden cuentas,
razones del grito de esos días.

Por el libro de la memoria vamos todos,
unos entrelíneas llorando de frío,
otros con la mano en el pecho cantando silencios,
algunos soñando paraísos de bahareque,
muchos dormidos en la frontera para siempre,
otros falleciendo en la indiferencia.

El libro de la memoria
está escrito con los puños enfurecidos.

V

Ellos no volverán,
pues nunca se fueron.
Siempre vivos,
enredadera perenne,
barrilete de sueños,
nube que anuncia la primavera.

Ellos no volverán,
pues nunca se fueron.
Aquí está su casa de aromas,
el abrazo de palomas mensajeras,
la cruz florecida del palo de jote,
el paño para secar la fatiga de los años.

Ellos no volverán,
pues no se marcharon.
Aquí un silencio los cobija,
un silencio que alza pañuelos blancos,
una torre de pájaros que silban la alegría.

Maestro, Maestro,
gracias por escuchar la flauta del nunca partir.